

LIBROS



El “Tratado de los Estudios Monásticos” De Mabillon

DOM JUAN MABILLON, *Tratado de los Estudios Monásticos*, Ediciones Monte Casino, Zamora 2003, 21x13,5 cms., 368 págs. Colección Espiritualidad Monástica. Fuentes y estudios, nº 56. Traducción de S. Fernández Calleja, osb.

Dom Edmundo Martíne, en su obra *La vie des justes*, dice que dom Juan Mabillón es "una de las lumbreras más brillantes de nuestra Congregación, de nuestra Orden y de la Iglesia", porque ha sabido "compaginar una humildad profunda con una ciencia que superaba infinitamente la ordinaria". En efecto, el nombre de Mabillon evoca y simboliza una concepción de la que él es el representante más genuino, la de la labor intelectual sin menoscabo de la observancia religiosa. En su larga vida, la devoción del sacerdote, la austeridad del monje, la probidad del sabio, la penetración del crítico y la modestia del hombre son igualmente dignos de los más merecidos elogios.

Juan Mabillon nació en Saint PierreMont (Reims) en 1632. Hizo sus primeros estudios bajo la dirección de un tío sacerdote, pasando más tarde a la universidad y seminario de Reims, donde obtuvo el grado de maestro en artes, o sea, licenciado en filosofía y letras, en 1652.

Visitaba con frecuencia el monasterio de San Remigio, donde acudía a orar ante el sepulcro del santo. Este monasterio pertenecía a la Congregación de San Mauro. El trato

con algunos monjes y su observancia, suscitó en él el deseo de abrazar la vida monástica. Así lo hizo, dando comienzo a su noviciado en 1653. Al año siguiente, 7 de septiembre de 1654, recibió su profesión el P. Abad dom Vicente Marsalle, que años después sería general de la Congregación.

No es el momento ahora de contar la vida de este gran monje. Ya hay quien lo ha hecho admirablemente, como el P. Colombás en su obra *La Tradición Benedictina*, por no citar más casos). Pero conste que no se comprenderá del todo el tratado que acaban de presentar felizmente las MM. Benedictinas de Zamora, si no se contempla en toda su amplitud la vida de Mabillon. Es un aviso y una sugerencia.

El tratado de los estudios monásticos de Mabillon apareció en el fragor de una contienda. Pero no fue precisamente la polémica con Rancé la que motivó dicho tratado. Con anterioridad a esa circunstancia, los superiores de la Congregación de San Mauro encargaron a Mabillon que escribiera algo así como un directorio de estudios para los jóvenes benedictinos de la congregación.

Este tratado, sin obviar el propósito que lo originó, tornó un sesgo diverso al aparecer por aquel entonces 1683 una obra del abad Rancé, con el título *Santidad y deberes de la vida monástica*. En esta publicación, Rancé aseguraba que no pretendía otra cosa que ir a las fuentes monásticas. Reivindicaba la legitimidad de las humillaciones voluntarias y el silencio perpetuo y absoluto. Critica sin miramientos el monaquismo existente. Respecto a la *lectio divina* y al estudio es tajante. La vocación de los monjes no es para el estudio sino para la penitencia. Si algunos monjes sobresalieron por su cultura, esto no es la regla general. Por otra parte el estudio prolongado supone para el monje un ejercicio penoso. Asimismo, el dejar a un lado los estudios, no quiere decir que los religiosos sean unos ignorantes, muy al contrario habrán adquirido la ciencia de las ciencias que es amar a Jesucristo, tomar su cruz y seguirle. Eso es lo único que importa.

El abad Rancé reconoce que la *lectio divina* es necesaria. Pero subraya que los monjes antiguos se limitaban a la Sagrada Escritura, la auténtica *lectio*. También leían para su edificación las obras de los santos monjes, sus biografías. Allí encontraban aquello que podía fomentar su caridad, animar su celo y moverles a compunción, así como a afianzarles en el anhelo de la vida eterna. Se guardaban bien de cualquier lectura que pudiera llevarles a la disipación. Insiste en que la ciencia teológica no es necesaria para los religiosos. Su vocación es vivir en el silencio, en el retiro y el trabajo que es una ascesis. Busca autores cualificados para apoyar su tesis, y alude a san Basilio, san Juan Clímaco, san Pedro Damián, san Bernardo y *La imitación de Cristo*.

La Congregación de San Mauro no tardó en dar una respuesta. Fue Mabillon quien se encargó de esto en unas breves reflexiones sobre los "deberes monásticos". Pero Rancé sigue en su opinión, aduce argumentos de los escritos de los antiguos, dando una gran importancia al trabajo. Rechaza de plano que el estudio pueda ocupar el lugar del trabajo. Protesta cuando se siente acusado de rechazar los estudios de los monjes "sin ningún fundamento razonable" y cuando se le objeta que es "un medio de asegurarles una rústica ignorancia". Insiste una y otra vez que lo que Dios quiere de los monjes es que no piensen más que en él y eviten como un obstáculo todo aquello que pueda distraerles.

En el año 1691 se publicó el *Tratado de los estudios monásticos* de Mabillon. Se trata de una respuesta madura y restringida al campo de los estudios. Como se ha dicho, la

obra en un principio estaba destinada a ser una guía de monjes estudiosos, especialmente de los principiantes. El mismo Mabillon lo expresa claramente al dedicar su obra a los jóvenes estudiantes:

"Hace tiempo que nuestros superiores me piden que ponga por escrito ciertas advertencias que juzgan necesarias para los principiantes. Pero después de haber retrasado durante muchos años este proyecto, por último se ha presentado una ocasión que me ha decidido a emprender este trabajo. Hace poco se ha suscitado una polémica entre personas intelectuales y piadosas; entre éstos algunos opinan que los monjes no deben entregarse al estudio".

El sabio maurino pretendía sencillamente exponer la filosofía, el método y las materias preferidas del trabajo intelectual de los monjes, concretamente de los maurinos. Es probable que Mabillon no hubiera dedicado tantas páginas a probar la importancia que tuvieron los estudios en la tradición monástica, si Rancé no los hubiera atacado con tanto ímpetu.

El tratado está estructurado en tres partes. La primera demuestra que si los monasterios no son "academias de ciencias, sino de la virtud", sin embargo no puede reinar el buen orden sin la ayuda de los estudios. A través de los dieciséis capítulos de que consta la primera parte, Mabillon aduce cantidad de argumentos para dejar claro cómo en el monacato, incluido Citeaux, se ha conservado y animado el amor a los estudios. El recorrido que hace a través de la historia es exhaustivo, tanto los monjes de oriente como los de occidente cultivaron los estudios sin olvidar, ni mucho menos, el trabajo manual. Termina la primera parte diciendo:

"estoy persuadido de que esta clase de ejemplos son más poderosos para justificar el uso de los estudios entre los monjes que cuantas apologías se podrían hacer para mostrar que los tales pueden muy bien unir el estudio y la ciencia con la virtud y la piedad."

La segunda parte la dedica a examinar qué clase de estudios son apropiados para los monjes. Dice que la regla general es que siempre se ha permitido a los monjes los mismos estudios que se creen convenientes a los eclesiásticos virtuosos (aquí podía dar pie a Rancé para decir que el monje en su monasterio lleva una vida distinta a la de un clérigo en su parroquia). Critica la sutileza de la escolástica y apuesta en favor de la Escritura y de los Padres. Al hablar de la lectura de la Escritura *lectio divina* por excelencia sugiere a los jóvenes monjes un programa destinado a familiarizarse con la Biblia; les da consejos sobre los comentarios que pueden consultar, los Padres ocupan un gran lugar, pero también se encuentran exegetas mucho más recientes. Les da asimismo orientaciones para la lectura del Antiguo Testamento. Insiste en que se descubra el cumplimiento de las profecías y de las promesas "en la persona de Jesucristo".

Más adelante declara que "el espíritu con que se debe leer la Escritura es buscar por medio de ella, en primer lugar conocer a Dios y los misterios de nuestra religión, después conocerse a sí mismos, aprendiendo en sus páginas los medios de acercarnos a Dios y el buen uso de las criaturas. En una palabra, no buscar en esta lectura más que la verdad y la justicia por la práctica de la caridad y demás virtudes" (Segunda parte III). Pero insiste en las disposiciones que es necesario tener para la lectura de la Escritura: "Las condiciones particulares son la pureza de corazón, la humildad, la sencillez, huir de la

curiosidad y del apresuramiento, es decir, que para hacer esta lectura con provecho, es necesario tener el corazón puro, hacerla con humildad y simplicidad, sin agobios y sin curiosidad.

Ya al final de la segunda parte, en el capítulo XXI, habla de las lecturas apropiadas para los superiores. Son unas páginas muy bellas, donde se refleja el espíritu de Juan Mabillon, su sabiduría en el sentido bíblico, su humildad, su santidad. Había asimilado de tal modo la Regla de san Benito que se refleja constantemente en sus frases. Fijémonos en el siguiente texto dirigido al abad:

"Tener en nada los bienes de este mundo en comparación con el Reino de Dios. Tener entrañas de misericordia para sus hermanos y para los pobres, sin temer que le haya de faltar algo. Buscar continuamente en los manantiales purísimos de la Escritura y de la Tradición las aguas saludables de la doctrina pura y sólida para resolver las dudas y esclarecer las dificultades de aquellos que le consultan. Tener una caridad tan dilatada que abarque todas las necesidades de sus hermanos; tan generosa, que venza cuantas dificultades se le puedan poner delante; tan constante, que nunca se asuste ni se entibie; tan pura, que jamás se mire a sí. Acomodarse al temperamento de todos, ayudando con ternura a los que empiezan, compadeciéndose de los débiles con una caridad condescendiente, animando a los fuertes por causas sólidas y sublimes, Asimismo debe evitar como un veneno mortal todo aire de dominación; no mandar jamás sin antes haber empleado los ruegos y las razones para persuadir; no reprender mas que con caridad, y si se ve obligado a hacerlo con vehemencia, que sea sin pasión; no llegar a los castigos si no es con dolor. No buscar granjearse el amor de sus súbditos, sino para serles más útil. No ejercer su autoridad mas que para promover el bien o para impedir y castigar el mal. Persuadirse que sólo la justa razón de la caridad o la necesidad da derecho de dispensar las observancias de la Regla. Después de haber cumplido lo mejor que le fuera posible con sus deberes, debe tenerse todavía por siervo inútil, y atribuir a las limitaciones de su gobierno los defectos o la poca virtud de sus súbditos. Todo esto no es más que un resumen imperfecto de los deberes y obligaciones de un superior, señaladas en la Sagrada Escritura y en la Regla de san Benito".

En la tercera parte trata de los "fines principales de los estudios monásticos, que son el conocimiento de la verdad, la caridad y el amor a la justicia". Señala los obstáculos y los medios de vencerlos. Esta parte es la más breve del tratado, consta sólo de seis capítulos. Pone en guardia sobre las desviaciones que se pueden dar en el estudio:

"No sería muy útil tener cantidad de conocimientos, si ellos no nos volvieran mejores. No hablo solamente de los conocimientos que adquirimos de las ciencias humanas, sino incluso de aquellas que miran a las cosas santas, como la Escritura y la Teología. Saber las cuestiones curiosas de la Sagrada Escritura, aclarar las genealogías, conciliar los puntos de historia y de cronología que parecen difíciles, ser muy sabio en las cuestiones que se suscitan sobre la letra, no es saber la Escritura" (111 parte, cap. 1, p. 334).

Mabillon continúa explicando que los estudios deben conducir a la caridad (Ibid):

"Podemos acumular cuantas verdades queramos en nuestra mente que, si no crecemos de igual modo en la caridad como en la ciencia, estas verdades se convertirán para nosotros en pura ilusión y engaño en esta vida y de condenación en la otra. Por tanto, nunca será demasiado el cuidado que pongamos en guardarnos contra los malos efectos de una ciencia estéril y desprovista de caridad" (Ibid.).

Pone en guardia sobre el apresuramiento y la falta de atención:

"Cuando leáis la palabra de vida, consideradla atentamente. No da la vida más que cuando uno se detiene en ella por una reflexión seria. Jesucristo mismo es esta Palabra; vale la pena que uno se demore en ella con solicitud: *Tene quod tenes: tene, et attracta morose et diligenter. Revolve volumen vitae quod revolvit Jesus, immo quod es ipse Jesús.* ¿Por qué apresurarnos tanto? No es en la cantidad de verdades, sino en el amor y gusto por la verdad totalmente simple, en lo que consiste nuestra salvación y nuestra santidad. Una sola palabra de vida es capaz de darnos la vida si la digerimos bien, si la hacemos pasar de la mente al corazón, donde ella pueda enseguida irradiar en todas las potencias de nuestra alma, en todas las partes de nuestro cuerpo, para santificar todas las acciones".

No deja de avisar sobre el cansancio que a veces se puede presentar:

"Sé de sobra que no depende siempre de nosotros el tener este gusto continuo de la verdad. Los más virtuosos a veces están expuestos a arideces y a hastíos, incluso a desgana. Pero es necesario que la fe venga entonces en ayuda del sentimiento y que la voluntad iluminada por el divino fuego, supla la falta de atractivo sensible, aplicándose el espíritu en la consideración de la verdad, aunque con trabajo y con algún hastío. Si somos fieles en esta práctica, no estaremos mucho tiempo en esta situación, Dios nos devolverá el gusto del que nos había privado para probar y ejercitar nuestra fe".

En fin, un tesoro de la tradición monástica que no podemos dejar pasar inadvertido, especialmente entre las generaciones más jóvenes. Éstas encontrarán un vehículo adecuado para su formación en la vida monástica, una formación integral y profunda. Las generaciones de edad más avanzada harán muy bien en leerlo, y de este modo se explicarán muchas cosas de las que ha dependido su vida, se sentirán, a la vez, orgullosas, por una parte, y reconciliadas, por otra, con algunos fantasmas del pasado.

Este texto es uno de los que se debería recomendar en los noviciados como lectura obligatoria e imprescindible.

Sara Fernández Calleja, osb.
Monasterio de la Ascensión (Zamora)

